



COMPENDIO HISTORIAL

DEL

DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA I GUERRA

DEL

REINO DE CHILE

CON OTROS DOS DISCURSOS,

UNO DE "AVISOS PRUDENCIALES EN LAS MATERIAS DE GOBIERNO I GUERRA"

OTRO "DE LO QUE CATÓLICAMENTE SE DEBE SENTIR EN LA ASTROLOGÍA JUDICIARIA"

COMPUESTO POR

El capitán don MELCHOR JUFRE DEL AGUILA,

Natural de la villa de Madrid



(Continuación)

Habia de ser buscando en oportuno
Tiempo, ocasion que mas cómoda fuera,
I ir con gran recato, pues subian a parte
Tan ventajosa, i donde muerto habian
Otra vez ántes ya tan buena jente;
I así lo mismo hicieron desta ahora.
I no es el sitio cierto para menos,
Que yo le he visto i bien considerado,
I es con extremo tan inespugnable
Que vencerán en él pocos a muchos
Todas las veces que le acometieren.
Causó este desbarate daño tanto

Qué luego se alzó Arauco i lo de dentro,
I en guerra se ardió todo a un tiempo junto
Tornándose las piedras ya soldados
Contra los acosados españoles:
Pecados conocidos de aquel Reino,
Que dijo San Crisóstomo por esto:

Porque no temiste a Dios
A quien debieras temer,
Vienes al hombre a temer.

I a términos llegaron desta vuelta
Que perecieran o los más o muchos
De los que acompañaban a la Audiencia
Dentro en la Concepcion, porque pasaban
Mil refriegas i encuentros cada día
Con esta jente, ya soberbia tanto,
A no ser socorridos de otras partes;
En que habria que contar un día entero,
I contará la historia valerosos
Hechos de capitanes i soldados
Que allí se señalaron, ya muriendo,
Ya defendiendo bien la amable vida.

En este tiempo tal de Santiago
El jeneral Jufré, vecino grande
De los mas poderosos de la tierra,
Subió con un navío bien cargado
De bastimento suyo, a socorrerlos
A costa suya i de su hacienda sola;
I él por tierra en persona con amigos
I deudos, que a su instancia le siguieron,
Entró con cien caballos más de carga
De bastimentos, armas, municiones,
Por si lo de la mar incierto fuese,
Que todo llegó a un tiempo a salvamento;
Siguiéndole después poco un su hijo
Con poco ménos ruido i aparato,
Que Rodrigo Jufré tuvo por nombre,
I proveedor del Reino fué adelante;
Todo a costa del padre i de su hacienda,
Cosa que fué el reparo totalmente
De la jente que estaba pereciendo.

GUSTOQUIO

Estremada faccion i meritoria
De mui grande merced i recompensa,
Servicio que a un señor le diera lustre.

PROVECTO

Pues ha tenido corta i poca paga,
Con otros que del dicho habeis oido,
I muchos más que tiene bien probados.
Mas vamos adelante, que estas cosas
Son cuentos largos que más tiempo piden.
El virrei don Francisco de Toledo,
Que el Pirú gobernaba en este tiempo,
Sabido aquel aprieto en que se hallaban,
La Audiencia socorrió con escojidos
Docientos hombres, armas i pertrechos;
Pero logróse mal tan buen socorro
(Como otros muchos que vereis lo han hecho)
No sé por culpa cuál o qué pecados,
Porque estando los indios mui confusos,
Viendo que venia jente tanta i buena
Contra lo que había dicho don Juanillo,
I andando quebrantados i escondidos
I deseosos de paz que fuera estable,
Si en este tiempo bueno se asentara,
Se arrojó don Miguel con poca jente
A Puren, que es la tierra más poblada
I feroz desta guerra, sin recelo
I cen más arrogancia que debiera;
I en él se vió cumplida la sentencia
Del Sabio, que es tan buena como suya:
La perdicion al soberbio
Es cosa tan ascensoria
Como al humilde la gloria.
I así fué roto, i muertos sus soldados,
I él i pocos heridos escaparon,
Con que cobraron ánimo, i de nuevo

A peor estado se volvió la cosa,
Con grave sentimiento conociendo
 Los fines que en castigarnos
 Lleva Dios, mui pios son,
 Aunque oculta su razon (1).
Esto pasaba cuando le llegaron
Recaudos a Rodrigo de Quiroga
Del Rei, en que mandaba gobernase,
Reasumiendo la Audiencia por entonces,
Sabiendo los trabajos que pasaban
Sus ministros, que escrito habian lo cierto.
 Entró segunda vez en el gobierno
Rodrigo de Quiroga, caballero
A quien hábito dió de Santiago,
Mui merecido por servicios buenos;
I con trescientos hombres que de España
Juntamente le fueron enviados,
I docientos soldados de la tierra,
I más dos mil amigos naturales
Empezó a hacer la guerra a sangre i fuego,
Que es el camino cierto de hacerla,
Antes desbaratando de camino
Un fuerte que tenian hecho en Gualqui
Los enemigos, con que molestaban
La Concepcion, que está dél quatro leguas;
I éstos se le rindieron i ofreciendo
La paz, como lo han hecho cuantas veces
Se ven con dura guerra molestados,
Aguardando se gaste nuestra fuerza
O que nos descuidemos, i al seguro
Ocasion hallar puedan de dañarnos,
Dejando siempre en pié en voz de rebeldes
Una provincia o dos que ellos sustentan,
A quien echan la culpa de los males
I traiciones que hacer pueden a hurto.
I así fué entonces, porque en son de amigos
Andaban sobre el campo de ordinario,
I los caballos iban cercenando

(1) *Fusto Libsio.*

De noche, diez o veinte o más o ménos,
I antes que amaneciese los ponian
En la tierra de guerra i bien adentro,
Como quien bien sabia los atajos;
I así nos desangraron de tal suerte
Que el campo estuvo en breve enflaquecido,
De mil caballos ménos i a pié casi,
I en tiempo que no habia infantería,
Ni en nuestros españoles habia hombre
Que de tal se preciase, i el tratarlo
Pareciera un dislate conocido,
Segun eran los hombres caballeros;
Solo en pasos estrechos se apeaban
Pocos arcabuceros valentones,
Lo cual por gran braveza se juzgaba.
I conociendo destes enemigos
La traicion i que solo se mostraron
Amigos para así irnos desangrando;
Ponderando de Tácito el consejo
Que como sabio, en sus *Anales* dice:
Cosa nefanda es mostrarse
Amigos, para dañar;
I digna de castigar;
Prendió quinientos dellos i a Coquimbo
Los echó en dos navíos desterrados,
Que los más dellos presto se volvieron
I después fueron más perjudiciales.
Mas fué un castigo dellos mui sentido,
I hasta hoi en día bien representado,
I que el mismo Quiroga confesaba
Que de temeridad tuvo gran parte:
Más que por buscar sosiego
I justicia, de una fuerza
Usar a veces es fuerza (1).
Luego se declararon los restantes
I fué menor el daño que el pasado:
Porque siempre es más dañosa
Falsa paz del mal amigo
Que el declarado enemigo.

(1) Tácito.

I así andaba la guerra mui deveras,
I con mayor cuidado i vijilancia
Taló la tierra todo un año entero.
I al segundar el otro se juntaron
En una jeneral copiosa junta,
I ya arrestados dieron dos batallas.
La primera de noche en que del campo
Ganaron hasta el propio alojamiento
I tienda de Quiroga, i si esta noche
Tambien por la otra parte acometieran,
Como hacerlo solian otras veces,
Sin duda la vitoria fuera suya
I quedara perdido el Reino todo.
Otra vez bien de día pelearon,
Pero, perdiendo en esta mucha jente,
Se retiraron tan escarmentados
Que, si no daban paz, era temiendo
Otra trasmigracion cual la pasada,
Porque andaban de hambre ya apretados
I con necesidades oprimidos,
Tanto que se tenia por mui cierto
Que de esta vez la guerra se acabara.
Mas Dios, cuyos secretos son profundos
I a toda humana ciencia inescrutables,
Permitió que en un punto se perdiese
Lo que en años se habia trabajado,
I por un accidente bien lijero;
I fué que entró en la costa aquel pirata
Francisco Draque, de notoria fama,
I habiéndose tenido nueva cierta
De que surto se hallaba mui de espacio
En el puerto cercano a Santiago,
Que de Valparaiso tiene nombre,
Los vecinos i jente que tenian
Allí sus casas, i de verlas mucho
Deseo, más que recelo de perderlas,
Aclamaron con un orgullo grande
Que bajar los dejase a su defensa,
Mostrándose admirados de un suceso
Tan nuevo como nunca imaginado.

Bajó el Gobernador, que ya estaria
Cansado con la edad i guerra tanta,
De su casa i hacienda ausente i léjos;
I bajando consigo de la jente
Mas lucida del campo, enflaquecióle,
De suerte que los indios conociendo
Esta ocasion, pusieron mayor fuerza
En procurar del todo deshacerle;
I así cuando otra vez le acometieron,
Estando por cabeza el valeroso
Bernal, maese de campo, fué gran prueba
De su mucho valor el no perderse;
Con lo cual pareciéndole a Quiroga
Que para camppear, fuerzas mayores
Era ya menester que las que habia,
Mandó se reforzasen las fronteras
Con alguna, i pasase lo restante
A la guerra de arriba, que en Osorno
Habia dos años ya que viva andaba.

Dende a poco murió i dejó nombrado
A Martin Ruiz, su yerno, por cabeza;
Que tuvo bien que hacer en sustentarse
En guerra tanta con tan poca jente,
Que la que dura tiempo mucha gasta;
I años habia que no entraba alguna,
I es la guerra como estanque
Que si no le entran soldados,
Presto embebe los entrados.

I como de la guerra el desamparo
Habian ya los estados conocido,
Estaban mui ufanos i soberbios.
I lo de arriba habia empeorado
Fomentado de todo lo rebelde:
Que aun materias de estado ya penetran,
Que hábiles hace el uso a todas jentes.

I en medio de otras mui importante
Una ciudad pobló mui importante
Que de Chillan San Bartolomé llaman,
I ha durado hasta hoi, aunque perdida
Se vió tiempo después, o poco menos,

I está mui peligrosa de ordinario
Entre la Concepcion i Ongol, en parte
Que hace mucho resguardo a los amigos
Del término mejor de Santiago,
Que le hubo menester poco adelante.
Tasó la tierra, pero duró poco
Este orden bueno, viendo era dañoso
A los indios por ser mui incapaces,
I jente sin razon, mui holgazana,
Que los perdía en vez de aprovecharlos:
Dificultad que siempre ha sido causa
De no poderse ejecutar alguna
Orden buena de cuantas se han tratado.

Envolvióse después en pesadumbres
Terribles, rigurosas i pesadas
Con su teniente jeneral, que era
Nombrado por el Rei, i se decia
Dotor López de Azoca, buen letrado,
Hombre en justicia recto i mui severo,
Con quien estuvo a punto de perderse.
Fué grande la ocasion, pero la culpa
No es fácil de juzgar el cuya fuese.
Al fin en bien paró riesgo tan grande.
No debo detenerme más en esto.
La historia lo dirá, que saldrá breve
A lo que pienso, que se están haciendo
Por tres autores, tres; no sé cual dellos
A ganar vendrá a todos por la mano,
O si se quedarán con el sonido.

Enviaba Martín Ruiz a los de guerra
Mil promesas i ofertas cariciosas,
Cosa que dañó mucho, porque viendo
Que en tiempo que las fuerzas españolas
Estaban flacas, se las ofrecian;
Después, siempre que ven que se las hacen,
Arguyen que de miedo esto procede,
I se ensanchan i más todo empeora.

I al cabo de tres años, cuando era
El de mil i quinientos dos i ochenta,
Por gobernador vino don Alonso

De Sotomayor, grave caballero
 De órden de Santiago, trujillano,
 Que ocupando después cargos mayores,
 Murió aquí (1) Consejero de la Guerra,
 I llevó cuatrocientos más soldados,
 I entre ellos veteranos i de nombre
 Con la leche de Flandes en los labios;
 I provisiones para que socorro
 Del Pirú le enviasen de ordinario,
 Lo que haciéndose fué bien tibiamente.
 I al entrar, aquella primera furia
 Que suele siempre ser de más efeto,
 Entibió en procurar se descubriesen
 Unas minas de plata que informado
 Mal fué de que eran ciertas i mui ricas,
 Cuya noticia oyó más inventada
 De la cudicia de los movedores
 Que cierta, ni de fáciles manejos,
 I costó algunas vidas i trabajo;
 I ocupó aquel verano el tratar dellas,
 Que como dice Tácito es mui cierto:
 Siempre el príncipe apetece
 Haya en su tiempo grandezas
 En que mostrar sus proezas;
 Pero debia mirarse que es sabido
 Pierde un ejército fama
 Si cuando empieza a hacer guerra,
 La primera empresa yerra.
 Porque el miedo perdió ya el enemigo
 De la venida deste tercio grande,
 I aunque ésta no fué pérdida pequeña,
 Debíó en ella tener algun motivo
 De tanta fuerza que disculpa fuese,
 Que como dijo Salomon el sabio:
 A cada uno sus consejos
 Le parece rectos son,
 Mas Dios juzga la intencion.
 Luego trató de hacer la guerra clara,

(1) El autor supone que está haciendo su relacion en Madrid.—M.

I la de arriba concluyó con gloria,
 Que era la que se hallaba en más peligro.
 I tratando de hacer la del estado,
 Fué de una grande junta acometido
 De noche, con las fuerzas descansadas
 De tanto tiempo, i con furioso brío,
 De los que por temidos se tenían;
 A los cuales venció sin perder hombre,
 Quedando entre los muertos enemigos
 Conocidos caudillos i corsarios
 Que por más señalarse perecieron,
 De que resultó luego la paz diesen
 Algunos lebos (1), que duraron poco
 Por condiciones que se les pusieron;
 Que dijo un Estadista mui perito:
 Muchas leyes que se hicieron
 Para un reino mejorar,
 Le vienen a empeorar.
 I esto mismo se vió en que en lo de arriba
 Puso una tasa justa i moderada,
 Con mui cristiano acuerdo i con consejo
 De un gran Obispo, que al presente era
 De la Imperial, por santo reputado,
 Don frai Antonio San Miguel su nombre,
 I con el que lo fué después no ménos,
 Licenciado Cisneros, gran jurista
 Que colegial mayor fué en Salamanca
 De San Bartolomé, que es tan famoso.
 Que ya aquellas ciudades que de arriba
 Se llamaban, tenían obispado
 I eran capaces dél, i se hallaban
 Con esperanzas de mayor aumento,
 I aunque ya se perdieron, cual veremos,
 Las cuatro dellas, en las dos que quedan,
 Concepcion i Chillan, reside obispo,
 Donde lo fué un bendito dominico
 Que don frai Rejinaldo se llamaba,

(1) *Lebu* o *lebo*, río, i por extension, pueblo o caserío establecido en una ribera.

I al presente lo es un varon grave,
Que don frai Luis de Oré por nombre tiene,
I el de santo le da aquel Reino todo.

Mas prosiguiendo en su gobierno i guerra,
Como vamos diciendo, don Alonso
Del Conde de Villar tuvo un socorro
De docientos soldados poco ménos,
Costosos más que provechosos mucho,
Porque era jente del empedradillo
De Potosí, que como de tal parte
A gran peso de plata fué traída
Más porque se entendió que allí sobraba
Que por esperar della fruto grande,
I así ninguno bueno o memorable
De su llegada al Reino óf se viese.

Estando en este estado pues las cosas
Año mil i quinientos i noventa (1)
Entrante, habiendo siete gobernaba,
Cual ya tenemos visto, don Alonso,
Por virrei al Pirú don García Hurtado
De Mendoza aportó, i subordinado
Trujo así aquel gobierno, i lo está siempre
A los virreyes desde aquella éra,
Que se entendió sin duda que a su abrigo
La guerra se acabara, porque hubo
En esta corte fama, o vana o cierta,
De que decian: los indios allá en Chile
Se rendirán viniendo Don García,
(Yo digo sus palabras cual sonaron.)

Envió socorro luego a don Alonso,
Pero mui diferente del que vino
A Tierra Firme entónces para el mismo,
Que de Sotomayor, don Luis, su hermano
(Que él a pedirle al Rei habia enviado)
Puso en Nombre de Dios en salvamento,
Que de más de quinientos hombres era;
Mas tuvo real mandato que volviese
En guarda de la plata, porque habia

(1) Año de 1590 entró en Chile el autor.

Nueva de que gran fuerza la esperaba;
Fuerza de desventura de aquel Reino
A quien divierte Dios por sus pecados
Cuanto le ha de estar bien; juicios son suyos
Que a cada uno da lo que le importa.

Fué el que envió don García de docientos
Soldados, que hacer pudo allí de priesa
Con fuerza i maña más que con dineros,
I algunas armas, ropa i municiones.

Hallábame yo en Lima en este tiempo
Con una lanza sola (1), que pagada
Los menos años es, i della poco;
I procurando merecer mayor
Merced de nuestro Rei, quise a mi costa
A aquella tierra ir, do fui ofrecido;
I sin querer tomar socorro alguno
(Aunque se me ofreció el de capitanes
Vivos) por no acetar parte de premio
O paga (que hasta hoi un solo peso
Ni un maravedí solo he recibido
De paga real) habiendo en su servicio
Gastado más millares de ducados
Que tengo, a Chile fui i aventurero.
Mas no penseis que he de decir por esto
Nada con más espacio, aunque de vista
De casi cuarenta años soi testigo.

En fin, con esta jente el de noventa,
A veinte i seis de enero, allí aportamos,
I aunque no luego, porque no tenia
Hechas las prevenciones don Alonso,
Para el año siguiente entró al Estado
Con un lucido campo i fuerza grande
De cuatrocientos hombres de a caballo,
I mil amigos; bastimentos tantos,
Que llevamos seis mil i más caballos,
Que iban de Santiago los vecinos

(1) Una lanza, segun el tecnicismo militar de este tiempo, se componia del caballero que combatia con ella, de un escudero o paje que la cargaba i de varios otros pajes o escuderos, igualmente armados, i cuyo número solia variar, todos ellos subordinados al caballero i formando como una sola entidad con él.—M.

Con él, i a ciento i más llevaban muchos
De bastimentos, con que sustentaban
A diez i veinte i treinta camaradas.
I dígoos de verdad que yo tenia
Más de veinte de mesa de ordinario,
Testigos ellos son, que algunos viven,
Con que me empobrecí más que debiera,
Pues he sido tan mal remunerado,
Que en vez de alimentarme de la mesma
Lanza que el Rei me dió, ni un peso solo
He cobrado ni he visto, ni otra cosa,
Oficio o renta que equivalga en algo:
Mirad si con razon podré alegar servicios.

Antes ya del virrei llegado habian
A don Alonso i caciques conocidos,
Cartas en que ofrecia que viniendo
De paz, escusarian su molestia,
I ni oro alguno se les pediria,
Ni personal servicio, ni otra cosa,
Sino solo un tributo mui pequeño,
I en cosas que pudiesen bien pagarle.
Pero fué predicarles en desierto,
Que ni correspondieron, ni otra cosa
Hicieron, mas de a guerra apercibirse.
I un fuerte nos hicieron a la entrada
Del Estado, en el sitio mesmo casi
A donde a Villagra desbarataron,
Muerto Valdivia, de que aquella cuesta
Cobró su nombre, que hasta hoi le dura.
Rompimoslos allí con poco estrago
Suyo, de su albarrada reparados,
I entrando en el Estado un fuerte bueno
Poblamos, que mui fuerte se ha tenido,
Pues ha treinta i nueve años se sustenta,
Habiendo habido de calamidades
Las avenidas que vereis ahora.

Dió Arauco la paz, i a Tucapel desde éste
Guerreamos dos años, en que algunas
Batallas i rencuentros hubo buenos,
Que heridas de mi cuerpo certifican.

Llevaron muchas veces buenas manos,
I otras con poca sangre los vencimos
Sin que vitoria alguna nos ganasen,
I cuando más matasen más de un hombre,
Muriendo cientos dellos muchas veces,
En que dirá la historia honradas cosas
Que escuso aquí, por ser compendio aqueste.

Don Alonso al Pirú bajó otro año
A solo platicar con don García
Sobre culpas que, ausente, le cargaban
Por el durar la guerra tantos años,
Pensando eran los indios a este tiempo
Los mesmos que en el suyo no nacidos.
En la guerra i en ella ejercitados
Valia uno por muchos, i hoi doblado,
Que es la esperiencia de las ciencias madre.
I aunque quedó el hacerla por su ausencia
A cargo de dos hombres de milicia,
Que en la de Flandes bien espertos eran:
Uno maese de campo en el Estado,
Alonso García éste Ramon era,
Que en Maestrique i Anvéres ganó fama;
I en lo de arriba el coronel valiente
Que Francisco del Campo se llamaba,
Soldado viejo a quien después mataron
Entre otros muchos que contar no puedo.
En fin, se rebelaron los Estados,
Como otras muchas veces lo habian hecho,
I rompimos de nuevo guerra nueva
Con que otra vez su falsa paz nos dieron
Algunos lebos, i se sosegaron
Hasta volver a ver su conyuntura.

Pero habiendo diez años gobernaba
Don Alonso, de España provisiones
Vinieron del gobierno a un caballero,
Martin García de Óñez i Loyola,
Casado con la Coya, descendiente
De aquellos reyes Ingas peruanos;
I rodeóse por pecados mios,
Que fuese a suceder a don Alonso.

I por seguir aquella guerra a tiempo,
Que yo allí ya prendado me hallaba,
Sucedió pues al Reino en tal mudanza
Lo que el Cordobés sabio bien nos dijo:
De los continuos remedios
La mucha diversidad
Contraría a la sanidad.

I así se ha visto en Chile en las mudanzas
Tantas que de gobiernos ha tenido,
Que este daño mayor más adelante
Vereis en lo que resta, que ha causado
Mayores perdiciones cada dia,
Porque cuando llegaba a hacerse diestro
El un gobernador, otro al gobierno
Llegaba que, viniendo a ojos cerrados
I con gran presuncion de soldadesca,
Más que espiriencia i ciencia verdadera,
Ántes de abrirlos mucho, destruía
Lo que su antecesor habia ganado.
Pero volviendo al punto que trataba,
Pesó desto al Virrei que habia propuesto
Otro gobernador, ver que venia
Contra su parecer el que ya he dicho,
I así fué mui remiso en socorrerle
Con situado i soldados i pertrechos;
Desdicha de aquel Reino, que sin duda
Si fuera socorrido, o acabara
La guerra, o quedando ménos, la pusiera
En mui cercano estado de acabarse,
Porque hallando la tierra descarnada
De jente, i de una peste empobrecida
Que acababa de haber, i habia llevado
El tercio de la jente que servía;
A pura discrecion, prudencia i maña,
Con dádivas i trazas injeniosas,
Pacificó más parte que con muchas
Batallas otros sus predecesores.
Pobló en ciudad Arauco i acá fuera
Otra, a quien Santa Cruz puso por nombre,
Por mui devoto ser de la Cruz Santa,

Con que a los catirayes i guadabas
I a los de las provincias coyuncheses
Hizo servir, que treinta años habia
Que no habian dado paz ni español visto,
Si no era peleando en dura guerra;
I de manera penetró sus cosas
I condiciones desta estraña jente,
Que así a sus parlamentos acudian
Los mas feroces de la guerra toda,
En sus salvos condutos confiados
Sin recelo, que estuvo mui a canto
De los domesticar; i fué de suerte
Que llegando a Puren con sus soldados,
Raiz antigua de la guerra toda,
I estando a vista de sus escuadrones,
Ordenó a los cristianos se apartasen,
I habló con ellos con la lengua (1) solo;
I se vinieron a él i le tuvieron
Cercado más de ciento, que pudieran
A su salvo matarle i no le hicieron.
No sé si fué descuido o fué milagro,
Que por virtud o lealtad sin duda
No le dejaron, que ninguna tienen,
Aunque tampoco convencerlos pudo
A que la paz le diesen, con ninguna
De mil proposiciones que les puso,
I con no consentir servicio diesen
En años cinco i más que vida tuvo,
Ni algun tributo, ni que trabajasen
En lo poblado, sino por su paga.

Mas tengo por mui cierto que si fuera
Socorrido, conforme otros lo fueron,
Hubiera hecho un efeto de importancia.
Pero con todo, en este mesmo tiempo
Ya don Luis de Velasco, que se hallaba
Por virrei del Pirú, con su sobrino
Don Gabriel de Castilla, un buen socorro
Le envió de cerca de ducientos hombres,
Que aprovechado bien con él andaba

(1) *Lengua*, intérprete.—*M.*

En mejor punto i ser, la guerra toda.
I déste una compañía yo ejerciendo
De caballos lijeros, jente buena,
Me dió la vida Dios por un desastre
Que yo como ignorante sentí mucho,
Quebrándome una pierna la coz de uno,
Con que seguirle más me fué imposible;
Porque a subir con él, tambien muriera
Como murieron bravos capitanes
Que nunca se apartaban de su lado,
I a él murieron hechos mil pedazos.
I el caso fué como ya habeis oido
Cuando tratamos de la *Judiciaria* (1)
I así por esto aquí no lo repito,
Mas de que indios purenes lo mataron,
Que son los mas atroces de aquel Reino,
I los que de contino han gobernado
Todos los trances árduos de su guerra,
I sido de contino respetados
Con renombre de indómitos purenes,
Gloria que solo ellos han gozado
Por todos los gobiernos, escepto uno,
De solo el oidor Merlo de la Fuente.
El cual les castigó con tal coraje,
Cual vereis cuando a su gobierno llegue,
Que los necesitó con muerte i daño
Dejar desierto el sitio de sus tierras,
Por habérselas todas destrozado,
Tan por el cabo como más convino
Para domesticar soberbia tanta,
Medio único a la paz de aquellos indios.
Sucedió pues la muerte de Loyola
De haber subido a visitar la tierra
I ciudades de arriba, a pertrecharse
De jente conviniente a la milicia
Con que apretar mejor la del Estado.

(1) En el libro donde se sacaron los tres discursos déste, se ofreció allí primero el de la Astrolojía Judiciaria que aquí está el postrero, i allí se vé este caso de la muerte de Loyola mui latamente, en el cap. 30, i así no se repite aquí.—*Nota del editor de la edición de Lima.*

Fué desgracia comun del Reino todo,
 Con que otra vez en guerra brava ardiendo
 Quedó la tierra de una parte a otra
 I en lastimoso estado, cual veremos,
 Si ya no estais cansado de escucharme
 Lástimas tantas i desastres tristes,
 Que si fastidio os dan, os certifico
 Que los mayores por oiros quedan.

GUSTOQUIO

Decid que eso me obliga a desearlos,
 I así con más instancia os lo suplico.

PROVECTO

Pues armaos de paciencia i sufrimiento,
 Que más de larga hora al cuento falta,
 Aunque tanto ceñirle he procurado,
 Que de importantes cosas he perdido
 Ocasion de deciros muchas buenas,
 Por no hacer desigual este proceso
 I receloso más de no cansaros;
 Pero pues no lo estais, paso adelante.

CAPÍTULO VI

En que se contiene lo sucedido hasta la muerte de Alonso García Ramon,
 prosiguiendo la guerra ofensiva como ántes.

El licenciado Pedro de Vizcarra
 Teniente jeneral por el Rei era,
 I habiendo sucedido en el gobierno,
 Aunque de mucha edad, el pecho puso
 A la dificultad instantemente,
 I a la guerra subió desde Santiago
 Llevándose consigo la más jente
 Que la ciudad tenia, i los vecinos
 Que de su voluntad se le ofrecieron

Viendo puesta su patria en tal extremo,
Ganada por sus padres con su sangre
I que ellos sustentaban con la suya.

El que se señaló i de los primeros
Fué Luis de Cuevas, que en Arauco habia
Sido ya capitán, i así del Reino
Alférez jeneral fué hecho ahora.
Yo que la rota pierna ya tenia
Soldada, aunque no mui del todo firme,
Que habiendo sido electo por alcalde
De Santiago, do tenia mi casa,
Una vara traia (gruesa tanto
Como jineta de la infantería)
Que me servia de arrimo necesario;
Con todo, me animé a subir arriba
De la honrosa ocasion instimulado.
Pero habiendo salido algunas leguas
De la ciudad, que casi despoblada
Quedaba, de tal suerte que temieran
Que los indios i esclavos la ganasen,
(Como dos o tres veces lo intentaron)
Por auto me mandó que me quedase
Por quedar en peligro tan notorio,
Diciendo el conservar la era importante
I ninguna otra cosa más ni tanto,
I así juzgaba que esto convenia
Al servicio de entrambas Majestades
Más que subir con él, con que vencido
Hube de obedecer, mostrando gusto,
Que como dice Tácito Cornelio:

Lo que por fuerza ha de hacerse,
Tiene más seguridad
Hacerlo de voluntad.

Mas bien entendí el riesgo en que quedaba,
Que fué de suerte que no mes entero
Pasó, que no intentasen rebelarse
Los indios del distrito; i tocada arma
En todo un dia, solo veinte hombres
Pude juntar para sacar conmigo,
I estos no bien del todo aderezados;

Con que corrí hasta Maule, i con castigo
Pequeño sosegué aquel alboroto.
Es cuento largo. Al fin con vijilancia
Salimos deste aprieto, con estremos
Que, si aquí yo pudiera recontarlos,
Os admiraran; pero sabed solo
Que los frailes de todas relijiones,
En tocando arma, ya con arcabuces,
Ya con las demas armas que podían,
Acudian a la guardia a darnos cuerpo;
I con éste i con otros artificios
Que la necesidad pura mostraba,
Pudimos sustentar tan gran distrito,
Que es de cien leguas, con cuidado i maña.
Lo de arriba empezó luego a abrazarse
En guerra, i a perderse lo mas dello.
Santa Cruz se deshizo, i no de valde,
Que el poderla sacar costó lanzadas.
Valdivia se perdió con gran estrago
Que en ella hicieron nuestros enemigos,
Sin escapar apenas hombre vivo
Ni mujer que no fuese a cautiverio
Con criaturas, niños, relijiosos,
En que pasaron lastimosos cuentos.
Perdióse algo despues la Villa-Rica.
Los de Osorno se vieron apretados,
Que tambien su comarca se alzó luego;
De que ya que no os cuento alguna parte,
Este rasguño ved por muestra corta
Del paño desta grande desventura:
I fué que habiendo puesto graves penas
Sobre que no comiesen los caballos,
Sin las cuales ninguno se escapara,
Con recato i secreto los sangraban
De noche, i con la sangre entretenian
La vida; mas pasó tan adelante
Esta necesidad en meses treinta,
Que habiendo allí aportado un indio amigo
Que acaso entre mui pocos que venian
De Chilué, acertó a ser mozo i grueso,

I habiéndole mandado que guardase
De su amo i bien cerca los caballos,
Tardándose i buscado, la cabeza
Sola fué hallada, i lo demas sin duda
Crudo comido fué de los soldados:
Mirad si la hambre andaba bien en punto
Pues a tal constriñó a cristiana jente.
Pero esto que aquí os digo es de adelante.
Volvamos a tomar el hilo roto:
Arauco aun en el fuerte con trabajo
Se pudo sustentar, i no pudiera
A no estar en la costa mesma puesto
I poder por la mar ser socorrido,
Cosa que le ha tenido tanto tiempo.
En Chilué quedaron mui perdidos,
Pudiendo por milagro sustentarse
Por la mar, socorridos con peligro
I costa grande más que era el provecho
Que de así sustentarle se tenia,
A riesgo de cosarios, que cual dije
Le tuvieron ganado, i recobrarle
En riesgo puso lo que allí quedaba
En lo de arriba todo, i hasta ahora
Más el punto que el útil le sustenta.

I volviendo a tratar de Santiago,
Que es cabeza del Reino como digo,
Llegó a estar en aprieto tan notorio
Que de milagro más nos sustentamos
En él que con las fuerzas corporales,
Que si se alzara la comarca toda
A puñados de tierra nos mataran;
I fué mui cierta cosa lo trataron,
I aunque sus intenciones descubrimos,
I con severidad los castigamos,
Tengo por mui sin duda que de hecho
Se alzarán, si la suma Providencia
Por su misericordia no lo obrara
Por medios cuales nunca imaginamos.
I uno fué, i no el menor, que a Buenos Aires
Habiendo ya llegado mala fama

Desta calamidad i grande aprieto,
I su gobernador, que era don Diego
Rodríguez de Valdés i de La Banda,
Tomándola cual cosa de importancia
Al servicio del Rei i señor nuestro,
I con el celo que ministros tales
Acuden luego a semejantes cosas,
I aunque se hallaba sin hacienda alguna
Real que poder gastar, ni suya equivalente,
Valido de su industria i de su gracia,
Trató con una escuadra que aportado
Había de portugueses a aquel puerto,
El servicio que a Dios i al Rei harian
En socorrer necesidad tan grande,
I como dél sería representado
Ante Su Majestad, con vivo esfuerzo,
Ofreciendo enviar para animarlos
A su mesmo sobrino don Francisco
Rodríguez i de Ovalle, que consigo
Traido había, i como hijo amaba;
I moviéndoles Dios los corazones,
Que era bizarra jente i noble della,
Abrazaron la empresa i acetaron
Por capitan al dicho don Francisco,
El cual se le otorgó con gusto suyo,
Que acudiendo a su noble nacimiento
A servir a su Rei así ofreciose;
I juntando setenta brevemente,
I doblando jornadas, fué volando
Por entrar aquel año, que a tardarse
No pudiera pasar la cordillera;
I era el entrar entonces la importancia,
I apenas alcanzó a pasar hallando
La cordillera ya de nieve llena;
I con cincuenta dellos entró en Chile,
Que a los demás faltaron los caballos,
O quizá voluntad perseverante,
Que hizo la de los mas de mas estima.
Llegó a veinte de abril en coyuntura
Que estaba la ciudad como ya he dicho,

Cercadas i barreadas ya las calles
De tapias, i velándonos las noches,
Aunque esto fué adelante poco tiempo
En el gobierno que se siguió deste.
I en tan buena ocasion fué su llegada
Que del cielo caídos parecieron,
I mitigaron los intentos malos
Que estaban a la clara descubiertos;
De que habiendo a Viscarra ya avisado,
Tambien dejó venir alguna jente
En confianza de la que del reino
Del Pirú se aguardaba cada día,
Que llegó luego, como ya veremos,
I ántes a Santiago la que digo.
I pasado el conflicto i apretura
Militó en aquel Reino aquella jente
Con menos premio que merecimiento,
Cosa ordinaria ya en aquella tierra
I como mal de muchos tolerado,
Con mas paciencia que es agradecido;
Digo en lo temporal, que Dios bien paga
Si es que ellos por servirle lo hicieron,
Como su capitan debió sin duda,
Que si no tiene bien lo que merece
En tierra pobre, tiene parte rica,
I es de todos amado con estima,
A que obliga su gran merecimiento.

Pero volviendo al cuento lastimoso,
Tan vitoriosos ya los rebelados
Hacían insolencias inauditas
Matando sacerdotes i criaturas
Inculpables, por bárbara arrogancia,
Sin que hallase en ellos piedad alguna
Alma de las que fueron a sus manos,
En que pasaron cosas increíbles:

Que si la prosperidad
Hace a buenos insolentes,
¡Qué hará a barbaras jentes! (1)

(1) *Tácito.*

Andando en este fuego pues el Reino,
 Del Pirú a gobernarle fué enviado
 Un rico caballero de gran suerte,
 Llamado don Francisco de Quiñones,
 Que con la jente que consigo trujo
 I la que juntar pudo veterana,
 Los guerreó con valeroso brio,
 I en ocasiones que se le ofrecieron
 Les ganó dos vitorias de importancia,
 Por un su jeneral bien gobernadas,
 Que Francisco Jufre tuvo por nombre,
 I mui grande en la guerra le tenía,
 Ganado en ocasiones mil antiguas,
 De Bernal compañero i de los bravos
 Que en los cercos de Arauco i en el tiempo
 De la Audiencia con él siempre anduvieron;
 I aquí mostró sus manos i destreza

Que bien los sabios afirman
 Ser la verdadera ciencia

La que muestra la esperiencia (1).

I aunque enfrenó algun tanto al enemigo
 I a la Imperial i Ongol, que habian quedado
 En pié, a salvo sacó, i a los de arriba
 Socorrió, i cuantos indios en sus manos
 Cayeron, con rigor los castigaba,
 Por lo que, como bárbaros, hicieron
 En las vitorias de Valdivia i Rica;
 Con que los espantó de tal manera
 Que temblaban de oír su nombre solo,
 I no se le atrevian fácilmente,
 Cosa que así convino en aquel tiempo
 A la causa comun, Pero con todo
 Se tuvo a exceso grande su castigo.

Mas habiendo enfermado gravemente
 I visto que las cosas de la guerra
 Iban mas a largo que él creído habia,
 I que su enfermedad i muchos años
 Retardarian en algo el curso della,

(1) *Tácito.*

Contrario efeto a la voluntad grande
 Con que ofreció su vida a ámbas Majestades,
 Pidió licencia para retirarse
 Mediante la persona venerable
 Del mui santo Arzobispo, su cuñado, (1)
 Cosa que fué mui fácil, porque habia
 Pretensos mil allí de aquel gobierno.

I vino a sucederle con contento
 Del Reino todo i jeneral aplauso,
 Un tal sujeto cual el deseo mismo
 A medida del gusto pedir pudo,
 En que cumplió el Virrei aquel adajio
 De Séneca que dice, i es mui cierto:

Si al digno oficio das,
 Con uno por muchos modos
 Gratos obligas a todos.

I fué el que dije. Fué maese de campo
 De don Alonso i se llamaba Alonso
 García Ramon, cursado en esta guerra,
 De Cuenca natural, valeroso hombre,
 De mui buen talle, afable cortesía,
 I agasajador grande de soldados,
 Llanísimo con todos los humildes,
 En cumplimiento de que dijo el Sabio:

Si por retor te elijieren,
 No te ensalces, mas serás
 Como uno de los demas;

Mas con los demasiados mui brioso,
 Que los fuertes con los bravos
 Feroces como el leon,

I con mansos, mansos son (2).

Pero hallando la tierra en un estado
 Tan trabajoso, i tan disminuida
 De fuerza, i los contrarios tan feroces,

(1) Don Francisco de Quiñones era casado con Da. Grimanesa de Mogrovejo, hermano del tercer arzobispo de Lima D. Toribio Alfonso, beatificado en 1679 i canonicado en 1726.—M.

(2) *Aristóteles.*

(Continuará)

